

Solo por darles el gusto...

La doctora dijo que era buena idea mantener un diario con mis pensamientos e ir describiendo todas las cosas que hago durante el día. Le pregunté si tenía que poner las cosas que comía y cuántas veces iba al baño, pero me respondió con un esbozo de sonrisa, al parecer no le gustó mi broma. Siendo sincero, esto de escribir es una forma de mantenerme entretenido, de no darle demasiado espacio a los asuntos que me inquietan, pero su utilidad la iré comprobando con el tiempo.

No sé de dónde vendrá esta vergüenza, debe ser de mi ignorancia o de la poca costumbre que tengo de escribir sobre mí mismo.

No estoy de acuerdo con este método de ayuda mental, pero Manuel me convenció que por lo menos lo intentara por él. Acepté con un par de condiciones. No me vería escribiendo en cualquier cuaderno que pilláramos en el supermercado. Si iba a hacer esto, lo haría de la forma más elegante para un hombre de edad como yo. Debíamos comprar una pluma que se adecuara a mi mano y que después de tanto escribir no me diese un calambre, y también una libreta con encuadernación de cuero con hojas lineales. Manuel me miró confundido, como si lo que estaba pidiendo fuese casi imposible de conseguir y tras varios segundos de expectación cedió a mis peticiones.

Salimos de la consulta directo a una librería de hombres anticuados, como le gusta llamarle a Manuel. Mientras buscábamos la libreta perfecta, intentó convencerme de que debía usar el computador de la casa para anotar mis pensamientos, que era más rápido, así la mano no se me cansaría y fácilmente podría escribir una plana en unos minutos. Él no lo comprende. Si no le doy algún tipo de importancia, escribir será un trámite o, peor, una tarea obligatoria. Si todo sale bien, escribir podría convertirse en una afición. Un lugar seguro para mi mente. Un pasatiempo relajante.

Al parecer me demoré más de lo debido en la librería, puesto que la frente arrugada de Manuel me decía que debíamos irnos pronto. La señorita de la tienda fue muy amable en mostrarme todos los tipos de libretas hasta que encontré una hermosa de no cuero, como le llamaba ella. La verdad es que si no lo mencionaba ni por enterado me daba.

Así que aquí estoy frente a una libreta de no cuero con una pluma que presiento no me durará mucho. Mis dedos se han vuelto ásperos y hostiles, por lo que temo se rompa con facilidad. Opté por comprar una caja de lápices de pasta, solo por si acaso.

Es difícil ver a los hijos tristes por algo que nos ocurre a nosotros como padres y más aún cuando no tienes poder para cambiarlo. Nadie creyó que el diagnóstico sería tan fulminante. Se me olvidaban algunas cosas, ni siquiera tan seguido, y solo fue una vez que me olvidé cómo llegar a la casa. Soy un hombre olvidadizo, eso es todo. Además, a todos nos pasa que nuestra mente no tiene ganas de funcionar, pero no era para que me llevaran con una geriatra. Ni que tuviera cien años y no fuese capaz de funcionar por mí mismo.

Hoy es 21 de septiembre, fui al médico por la mañana. Me acompañaron mis dos hijas y mi hijo menor. El pobre Manuel iba con los nervios de punta como si fuese él el paciente. La geriatra tiene esa peculiaridad al hablar conmigo como si yo tuviese diez años. Me desagrada, por lo que dejo que mis hijos respondan por mí. Si me quiere tratar como un niño, recibirá una pataleta a cambio, es lo más justo.

Después de incontables meses de exámenes y procedimientos para entender qué estaba pasando con este viejo, llegó el diagnóstico: Alzheimer.

Ojalá me hubiesen dicho antes que escribiera. Tendría miles de anécdotas mías peleando con las enfermeras por picotearme los brazos para encontrar mis venas.

No sé por qué les molesta tanto el diagnóstico. El olvido puede ser algo bueno, muchas veces no queremos recordar nuestros errores, sino solo vivir en el presente.

Todos queremos a veces olvidar nuestro libro preferido para volver a emocionarnos como la primera vez, o aquella película que tanto nos hizo llorar. Puede que, si me acuerdo, en un futuro pueda volver a hacer las dos cosas. Quizás es muy pronto para reírme de lo que controla mi mente, quizás no es tan malo. Dios sabe que hay algunas cosas que no me gustaría recordar. Y si lo pensamos, el olvido es una bendición.

14 de octubre

Mi vida acontece de la misma manera que hace dos semanas. Nada nuevo que reportar ni nada nuevo que contar. Según mis cálculos, solo me he olvidado de cosas pequeñísimas, nada de gran preocupación.

El otro día, Sofía, mi hija mayor, me vino a visitar con mis dos nietos. No puedo recordar sus nombres en este momento, y exactamente ese fue el problema, no los recordé ese día tampoco. Sofía hizo un gran alboroto. Decía que mi enfermedad estaba avanzando muy rápido y que podría jurar que mañana no la recordaría. A veces puede ser muy dramática, al igual que su madre que ya no nos acompaña, pero ahora lo que menos necesito es drama. Tengo suficiente con el que se forma en mi cabeza, con la paranoia de anotar todas las cosas y recordarlas a la fuerza cuando no pueda por voluntad propia. Ajustándose al cliché de lo que la gente hace, he pegado notas alrededor de toda la casa. En la cocina, otras en la sala de estar y otras más en el baño. Tengo fe de que serán de utilidad cuando sea el momento. Aproveché de colocar algunas en la puerta de mi habitación, para recordar sacar a pasear al perro.

No sé qué más puedo escribir, he pasado la mayor parte del tiempo acompañado. Mis hijos parecen odiar mis momentos de soledad y se han puesto de acuerdo para emboscarme todos los días. Realmente extraño realizar mis cosas en la casa sin tener a alguien encima cerciorándose de que no he olvidado dejar el horno prendido o cortar el gas. Es bastante molesto y espero que con el tiempo se les pase la obsesión de andar detrás mío.

Una cosa es preocupación, pero otra es obsesión. No me perderán tan pronto, aunque no lo crean estoy poniendo todo de mi parte para no dejar que mi amigo inesperado gane la batalla. Estaré viejo, pero sigo teniendo sueños que cumplir y, parecerá absurdo, pero uno de ellos es poder pasar un tiempo a sola con mis pensamientos.

Hoy he amanecido nostálgico, solo puedo pensar en el pasado y en mi querida Amanda. Si ella estuviera aquí este proceso sería más fácil de sobrellevar. Siempre me las he podido solo, pero con ella era más fácil.

Me parece sorprendente como con el pasar de los días siento que el pasado se vuelve cada vez más nítido y soy capaz de rememorar desde los colores hasta los olores de aquella época, algo que no hubiese podido hacer un par de meses atrás. La vida presente no es mala, pero si tuviera que escoger me quedaría en el pasado reviviendo una y otra vez nuestra vida juntos. Evitando el día en que ella se marchó y me dejó atrás.

Hay un recuerdo que viene una y otra vez a visitarme y creo que sería bueno dejarlo plasmado para que, el día en que deje este mundo, mis hijos puedan disfrutar de mis historias y de lo mucho que su madre me hizo feliz.

Verano de 1972

Ese verano tenía toques otoñales, ventoso y templado, pero es el más ameno que he vivido. Llevaba un tiempo trabajando en la fábrica de zapatos y a pesar de que al principio lo hacía solo por necesidad, con el paso del tiempo el oficio me cautivó. Ser capaz de crear con mis manos aquellos zapatos de cuero me dio una especie de propósito. Pasaba gran parte de mi tiempo en la fábrica, a veces hacía turnos extras que me ayudaban a llegar más cómodo a fin de mes, pero mi vida social era inexistente. Los fines de semana los ocupaba para dar un poco de orden a mi casa y así para poder comenzar con la semana laboral nuevamente. Como vivía solo no tenía gran desorden que limpiar, sin embargo, anhelaba estar en casa y poder darme un tiempo para mí. Ciertamente no estaba planeando enamorarme cuando me crucé por primera vez con ella.

Este pueblo era nuevo para mí. Había escapado de mi ciudad natal con la esperanza de enterrar las penas y los recuerdos que me perseguían. No pienso entrar en detalles, esa es una parte de mi pasado que mis hijos desconocen, y si todo sale como deseo, así seguirá hasta el día en que me vaya de este mundo. No necesitan cargar con lo que a mí me rompió. Bueno, si es que me acuerdo de no decir nada.